

Queridos hermanos:

Habéis escuchado hace unos momentos la exagerada presentación a este pregonero por parte de Manuel Delgado. Con él he recorrido todo el sendero mananero, desde las primeras escapadas los Sábados de Cuaresma hace más de veinticinco años hasta hoy Domingo de Ramos. Siempre de su brazo, es además de mi hermano de Corporación, primo, vecino, cuñado y eterno confidente y amigo con mayúsculas. Comprenderéis entonces que sus palabras, más que expositoras de la realidad, sean las propias de un buen amigo. Muchas gracias Tete.

En alguna ocasión he comentado que cuando hace unos meses recibí una llamada de la Agrupación de Cofradías, Hermandades y Corporaciones Bíblicas comunicándome mi designación como Pregonero de la Semana Santa de Puente Genil, lo primero que sentí es un temor absoluto a la palestra que hoy me esperaba. Pasados unos días, unos días en los que me despertaba de noche soñando que llegaba este Domingo sin tener nada preparado, aquel temor absoluto se convirtió en un pavor infinito. Pregonar la Semana Santa de Puente Genil, aquello que rige nuestras vidas, por la que nuestros muertos hicieron tantos sacrificios, pregonar una Semana Santa con raíces de fe y cuerpo de tradición, pregonar una Semana Santa que ha contado con la portavocía de tantos buenos y queridos mananeros suponía, supone, una tremenda responsabilidad, un honor inmenso del que desde luego no soy merecedor y, por lo tanto, una osadía y una temeridad por mi parte.

Desde luego a lo primero que renuncié al enfocar la preparación del Pregón es a ser original en punto alguno. Como en aquellos versos del Pregón de 1990 en los que Santiago Reina se dirigía a su hijo Manuel y le advertía de que

*“lo que tu veas, ya lo vieron tus abuelos  
lo que tu sientas, ya lo he sentido yo”,*

todo lo que pueda decir y soñar de nuestra Semana Santa, de nuestra Cuaresma, ya ha sido dicho y soñado. Solo me queda por ello apelar a vuestra paciencia y a vuestra comprensión.

Lo que sí quisiera, en capítulo de agradecimientos, es mostrar el más sincero a la Agrupación de Cofradías, a su entrañable Presidente y Junta Directiva por este honor, que tanto miedo me dio y que tan feliz me ha hecho.

Quiero agradecer y enviar un fuerte y eterno abrazo a mis hermanos de La Corona de Jesús. A ellos que a lo largo de cinco lustros siempre han querido compartir los momentos más duros de mi existencia y han sido los primeros en abrazarme en mis alegrías. A ellos, a mi entrañable Corona, que siempre ancló mis pies a la tierra y mi alma a Puente Genil. A vosotros, mis hermanos, sin cuya sonrisa, hombros y compañía hubiera desfallecido hace mucho tiempo.

Gracias desde luego a mis padres, felizmente los dos conmigo en esta tarde. Siempre han sabido ser amigos, cómplices y padres, en cada momento de mi vida y a ellos les debo la fe y los valores que son el motor de cada uno de mis días.

Gracias a mi esposa y compañera, que a lo largo de estos meses ha utilizado la paciencia tanto como yo el mal humor ante la impotencia de plasmar en los papeles lo que estaba en el corazón. Almudena y yo somos padres de tres hijos, pequeños aún, de 3, 5 y 7 años. No sé qué inquietudes tendrán mañana, desconozco si compartirán y practicarán la fe de sus mayores que sinceramente hemos intentado transmitirles, ni si se enamorarán o no de esta Semana Santa. El libro de sus vidas

tiene aún todas las páginas en blanco. Pero sé que algún día escucharán este Pregón y por si entonces mi voz ya se hubiere apagado, no quisiera dejar escapar la ocasión de decirles que sois libres de escoger vuestro camino, que no tiene por que ser el mío o el de vuestros abuelos. Pero transitéis el camino que escojáis, procurad sea siempre un camino recto, un camino de verdad, de esfuerzo, de honradez y honestidad. Y si algún día decidís que vuestro sendero es otro, contad con mi bendición y mi aplauso, pero amad siempre a Puente Genil, respetad siempre esta Semana Santa, esta fe y estas tradiciones. Y si no queréis o no sabéis compartirlas, no lo hagáis, pero sabed que han sido el báculo de muchos hombres y mujeres, la esperanza y el anhelo de muchos ausentes con el corazón roto. Por eso, respetad siempre los sentimientos y expresiones del mananero, respetad sus silencios, sus lugares sagrados, el bastión bendito del Nazareno, y si una sonrisa o una burla nace en vuestros labios ante una escena que no comprendéis, sabed que vuestro padre y vuestro abuelo, y antes el abuelo de vuestro padre, fue un hombre de aquellos. Y si es una lágrima la que brota en vuestros ojos, desde donde sea que yo esté, hijos míos, sabré que lo habréis comprendido.

Con la llegada de la Cuaresma los sentidos de Puente Genil entran en alerta máxima. En los hogares comienzan a averiguarse túnicas, cordones, capillos y picoruchos. El correveidile en los comercios es incesante, que hay que averiguar qué estrenaremos el próximo Domingo de Ramos. Las Hermandades y Cofradías, aún con el olor del mantecado reciente, comenzaron ya hace tiempo a preparar sus enseres, palios, glorias, el dorado del paso que está sin terminar, o simplemente a organizar flores y velas... que hay que tenerlo todo previsto. La calle comienza a hablar de tal o cual partitura que han preparado en honor de este Cristo o aquella Virgen. Y en los Cuarteles la actividad es frenética: pintura y cal en las paredes, rostrillos, pelucas, menaje de cocina, reparar el cristal roto de la ventana, terminar esa pequeña obra

que maldita la hora en que la empezamos, o preparar el homenaje que daremos a un hermano que este año cumple muchos en la Corporación, o a aquel que nos ayudo a conseguir la casa o a quien simplemente queremos mucho. Homenajes sin más trascendencia que el saberse querido por un grupo de hombres a quien un día decidiste entregar tu corazón y con él tus lágrimas. Pero para que todo tenga sentido, para que todas las piezas del puzzle muestren una imagen coherente, hundimos y apoyamos todo en la fe. Nada de esta Cuaresma, nada de esta Semana Santa tiene sentido, si no es de la mano del Evangelio. Y para vivir la Palabra en plenitud y que Cristo se presente luego en la mesa del Cuartel, asistimos a los Cultos Cuaresmales haciendo frente al frío del invierno.

Pero también con la Cuaresma comenzaremos a intuir el canto de las aves, nos serán más gratos los sonidos del río a su paso por el puente, y cohetes y campanas que nos llaman a los cultos se harán habituales de las noches pontanas. Pero por encima de todo, sobre los sonidos de un tiempo que anuncia primavera, sobre el crujir del azahar que bosteza y el crepitar de los leños que aún se intuyen bajo los sombreros de las chimeneas, sobresale el sueño, la evocación, el recuerdo, el lazo que nos une con el ayer, el alma de la Cuaresma, el Coro. Y decir Coro o *Schola Cantorum* en Puente Genil es evocar el sonido hermoso de una sonrisa, es recordar cómo suena el palmeo del abrazo en la espalda del amigo o atragantarse de lágrimas al recordar aquella mano inmensa que en cada apretón regalaba un trocito de su alma. Decir Coro, decir Santa Cecilia, es un tratado de respeto y compromiso con Puente Genil. Es saber que tras unos minutos sobre un banco del Templo cerrando los ojos transportados allí donde un día debemos volver, se esconden horas, meses de ensayos y generosidad, de encuentros, de carreras de templo en templo y de bromas,... porque, como ángeles, en este Coro hasta las almas son inocentes.

- **Suena la melodía de “Envuelto en blanco cendal”**

Por los años y los sinsabores  
con la espalda encorvada camina,  
mas sus labios dibujan la forma  
de la más inocente sonrisa.  
Ese hombre que ves caminando  
en silencio por la noche fría  
se dirige hacia el Templo a cantar  
en los cultos de Cristo o María.

Sabe que está paseando  
por la tarde de sus días,  
la noche se lo recuerda  
y su voz ya no es la misma,  
pero entrará en la Iglesia  
y doblará sus rodillas  
y dará gracias a Dios  
por ese rato, por ese día  
rodeado de mil voces  
de hermanos cuya sonrisa  
le reconfortan el alma  
entre sonidos de misa.  
El aire de sus pulmones  
suena como aquella brisa  
que antaño silbaba leve

y su sien no era ceniza  
y acompañaba a su madre,  
aquella madre bendita,  
a alumbrar al Nazareno  
hasta Santa Catalina.  
Y las notas de ese coro  
y el incienso de la misa  
lo transportan hacia un tiempo  
del que sus protagonistas  
hace mucho que partieron  
a la cuaresma infinita.  
Se hace el silencio en el templo,  
eleva el rostro hacia arriba  
y descubre que la Virgen  
le dedica una sonrisa  
y que el dolor de su cuerpo  
se transforma en alegría  
y en la luz de su mirada  
no existe melancolía...

Y entre nubes de alborozo  
dirige abajo la vista  
y escucha cantar al Coro  
su eterna copla divina.

Si la Cuaresma explosiona en las noches de los sábados, dejándonos paréntesis de días en los que seguimos emocionándonos con lo acontecido en el Cuartel, con la entrega emocionante de la pata de la vieja Cuaresmera o recordando la subida a Jesús del brazo de un hermano con quien aquella noche hicimos de confesor y confidente, la Semana Santa es un torbellino de color que nos envuelve y eleva a lo infinito y del que entre procesiones, reencuentros, abrazos e íntimos sentires no bajaremos hasta el Domingo de Resurrección, en que con rostro extraño de despedida nos preguntaremos con la mirada qué ha pasado.

Y como queriendo anticipar a María Santísima el final de una Semana Santa que aun no comienza, Dolor, Buena Muerte y Soledad cierran con sus cultos una nueva Cuaresma pontana. Y entramos en Semana Santa.

El sábado de Guía en la liturgia pontana, viene siendo aún día de celebración de almuerzos de Hermandad, de Cofradías, homenajes a nuestras mujeres en los Cuarteles, encuentros de Bastoneros... alfombra de sentimientos a los días de la Pasión. Y así hasta la hora en que la noche hace un guiño a la tarde pidiéndole cómplice su retirada. Entonces y sólo entonces, como a las ocho de la tarde, la Virgen, siempre la Virgen, siempre la Madre, congregará en torno suya a los hijos de este pueblo. Y la Virgen de la Guía, con sus fieles Ataos y su pueblo todo, bendecirá cada una de las casas por cuya puerta transita, convocándonos al inicio de la cuesta Baena. Y allí, al inicio de esa cuesta, por algún extraño misterio nos parece que ahora es Ella la que nos empuja, la que como siendo niños nos agarra de la mano tirando de nosotros, arrastrándonos casi, para llegar a su Santuario. Y estoy plenamente convencido de que sólo hay un lugar, una situación, que la Virgen prefiere al recogimiento del Templo. Y es viendo el río, llorando en Santa Catalina y rozando con su manto azul el alma de los Jetones, del Juicio, de la Ballena, los Apóstoles, las Potencias, los Ataos y el Prendimiento, y siempre, siempre, sobre los hombros comprometidos con la fe y la tradición de su hermanos bastoneros.

Y cuando en esa madrugada casas y cuarteles cierran sus puertas, la noche soñará entonces con la solemnidad franciscana de un Cristo con Cruz de Plata, cargando con las Penas de una ingrata humanidad y con una Virgen de los Ángeles que, con San Juan de la mano, recorrerá las calles de La Isla siguiendo el rastro bendito de Dios.

Pregón de la Semana Santa de Puente Genil  
Iglesia de la Asunción del ex Convento de San Francisco de Asís

17 de abril, Domingo de Ramos de 2011

Y con el día, tras la alegría y el bullicio del Domingo de Ramos recibiendo a Cristo en su entrada a Jerusalén, con la Virgen del Amor damos comienzo a una Semana Santa de la que, por aquellas cosas del corazón, en Puente Genil habremos transitado ya por dos días de prórroga anticipada que convierten estas fechas, como ya dijera un Pregonero, en lugar de en una Semana Santa, en una Novena Santa. Y de esta forma abrimos el Lunes Santo con el color de la pureza, con hermosísimas marchas procesionales y con el nombre más hermoso que una madre pueda tener, Amor. Cada año más hermosa la Virgen, nos pide, nos grita, nos implora que doblemos la mirada, que miremos adelante. Que si ella es puro Amor, la máxima expresión de la entrega y del amor ilimitado está en la Eucaristía, justo delante, en la Santa Cena.

Virgen, Madre, Amor,  
apóstoles, redención  
Santa Cena, cornetines,  
Lunes de procesión,  
flores blancas, costaleros,  
Purísima Concepción,  
aldabonazo, llamada,  
el Maestro y el traidor  
ese Cordero Inocente...  
Lunes Santo de Pasión.

Y así, tras unas horas de ilusión y de emoción, el Lunes Santo habrá arrancado a nuestro particular calendario una hoja blanca y hermosa, dejándonos a la vista el corazón del Martes Santo. Y el Martes será día de ultimar preparativos, de esperar ansiosos a los hermanos y familiares más rezagados, aquellos que por los motivos que fueran no veremos hasta dentro de unas horas. Y será día de carreras en las salidas de calle Casares a Lemoniez, para ver a Jesús de los Afligidos en su cada vez más hermoso y solemne paso, a la Virgen del Rosario, al Cristo de Calvario y a la Virgen del Consuelo. Y en cada salida la Madre y el Hijo,

el dolor sin más consuelo que su esperanza y la promesa infinita de la Resurrección.

Y como sacado de otro tiempo, vestida con el recogimiento y solemnidad de otros siglos y haciendo suya la Cruz del Cristo, la procesión del Silencio

al llegar su madrugada  
despacio querrá morir  
sobre los hombros sin queja  
de todo Puente Genil.  
Y una infinita tristeza  
sin esperanza o consuelo  
en la Gloria prometida,  
en la esperanza del cielo,  
rompe el alma al contemplar  
muerto al Cristo del Silencio.

Y fruto de una herencia sentimental de siglos, una inmensa solemnidad y un profundo silencio propiciarán en estos días momentos de recuerdo y recogimiento. En ellos, emocionados, también seremos felices.

- Suena la melodía de "Cantemos tu Gloria"

Hermanos, hoy quisiera contaros una historia que forma parte de lo más íntimo de este pregonero. Una mañana, debía ser entonces sobre 1920, una señora vestida de oscuro entre los 25 y los 30 años, en su ronda matutina entraba en algún comercio del Barrio de la Isla para proveer los diarios comestibles de su hogar. Colgaba del brazo derecho un cesto de mimbre y un niño de entre 8 y 10 años se aferraba inseguro a su mano izquierda. Unas sombras oscuras bajo los ojos de aquella mujer, daban cuenta de alguna pena, de muchas lágrimas. Al penetrar en el comercio, otra señora mucho mayor, la saluda rápida y fraternal, al modo como hacen las cosas las gentes sencillas. Y aquella anciana, viendo al chiquillo aferrar tembloroso la mano de su madre sin atreverse a soltarla, la interroga. La madre responde que desde hace unos días aquel niño ha perdido completamente la vista, ha quedado absolutamente ciego, y ningún galeno



alberga esperanzas serias de curación. La viejecita lo mira, sonrío y con una seguridad absoluta, con una fe que estremece, conmina a la madre para que encomiende al niño al Señor de la Humildad, aquel que trasladaron de la vieja Ermita de la Caridad a la Iglesia de la Asunción. Una semana después de aquello, una semana después de haberse arrodillado y llorar sus plegarias ante esta Imagen bendita, los ojos de aquel chiquillo vieron de nuevo la luz. Y vieron las lágrimas de su madre y vieron los ojos tristes y serenos de este Señor de Humildad y Paciencia, de los que ya nunca se separaron. Aquel niño era mi abuelo, José Villafranca Melgar. Como tantos, su alma subió a la Gloria, su cuerpo envuelto en un sudario cofrade.

Y vosotros entenderéis, hermanos, que a nadie importe y nadie se pregunte si fue aquello milagro o feliz coincidencia en el tiempo. Aquel acontecimiento bastó para fortalecer una fe, entonces infantil, para consagrar su vida al Cristo a través de su Cofradía, y para transmitir fe, valores, tradición, sacrificio, Humilde... a sus hijos y éstos a sus nietos, y comenzar así una cadena de la que soy, como él lo fue, un simple eslabón.

Sirvan estos pobres versos  
para rendir homenaje  
a aquéllos mayores nuestros.  
Aquéllos cuyo equipaje  
fueron la fe y el esfuerzo  
por hacernos comprender  
que Sus pasos son los nuestros,  
Su martirio nuestra fe,  
Su humildad nuestro consuelo.

Como mi abuelo, son miles o cientos de miles los pontanos, que un día desesperados se arrodillaron ante esta Imagen Suprema a rogarle salud, fuerza, resignación, esperanza,... y cientos de miles los que encontraron consuelo, apoyo, un báculo de fe para descansar en Él todos sus miedos. Por eso,

hermanos, cada Miércoles Santo es sagrado. Desde que la campanita recorre las calles recogiendo a sus hermanos, desde el momento en que el mismo Dios descansa en la reja del compás a escuchar cómo un Álvarez se desgarró en un grito desesperado, desde que un bastonero se aleja dos metros del Paso para mirarlo a la cara y vuelve raudo a su varal donde hunde su frente, donde seca sus lágrimas. Por eso cada Miércoles Santo es sagrado, porque hasta envueltos en alegres notas musicales, subiendo de espaldas la Cuesta Baena sólo vemos el Cielo, la promesa ya cumplida de la Gloria, y al Señor de la Humildad sobre lágrimas de sangre.

Así, el Miércoles habremos dormido y soñado con el paso del Lavatorio, máxima expresión de la Humildad del Cristo, con el amargor de la más terrible soledad, representada en la Oración del Huerto, y el amor sublime a la madre, a María, cuyo tránsito hacia la Victoria pasa a la fuerza por la más desoladora... por la más desgarradora Amargura.

Y el Jueves Santo comienza en Puente Genil al abrigo del sonido de las campanas llamando a Misa de las Corporaciones. En la Parroquia de la Purificación, encuentro de amigos, de mananeros de distintos Cuarteles y Cofradías, que inician el Día del Amor Fraternal bebiendo del Evangelio y comentando entre risas vivencias y ocurrencias de estos días, como si fueran algo ya pasado. Y de ahí, tras saludar rostros sonrientes y felices, marcharemos a nuestros Cuarteles donde viviremos, año tras año, los momentos más intensos de estos días. Y no porque así se dispongan las cosas, es que hay algo especial, algo predefinido en el alma cuartelera que nos lleva indefectiblemente a ello. Será que las sensaciones de estos días, han actuado de lubricante en la cerradura de nuestras almas, de forma que un simple comentario, un abrazo o

una palabra de amor, dejan al aire, al descubierto, nuestro ser más sensible, nuestro corazón mismo. Y cuando eso ocurre, amigo..., cuando eso ocurre la felicidad es plena.

Y así, como en una nube, siempre flotando entre sonrisas, entre miradas cargadas de complicidad fraterna, de sobreentendidos, de comentarios y sensaciones que no se manifiestan pero que todos entienden, porque es alma quien los expresa, marcharemos a la calle de La Plaza. Allí túnicas de rebate competirán en prestancia con los trajes y chaquetas que, elegantes, aguardan la salida del Imperio.

- Suena de entrada el pasodoble *Banderas Moradas*, dedicada a Jesús Gálvez Silva "Chifarri"

Imperio Romano de la Puente  
el de los blancos plumeros,  
el de los trajes bordados  
y los estandartes al viento;  
el que pasea orgulloso  
por las calles de este pueblo  
luciendo el porte marcial,  
que es el porte del Imperio.  
Y aunque muestren insolentes  
las armas que van blandiendo  
a su paso nos regalan  
emociones entre arpegios.  
Imperio Romano de la Puente,  
sueño infantil, sueño eterno,  
que ayer vestido de chusma  
buscabas al Nazareno  
y con Judas de la mano

recorrías nuestro pueblo.  
Imperio que nunca explicas  
el mayor de los misterios:  
cómo puedes desfilar,  
mantener tu porte recto,  
si tu rostro está llorando  
oculto tras ese yelmo;  
cómo mantienes el paso  
cómo evocas el recuerdo  
de los amigos que faltan  
y que subieron al Cielo.

Bendito Imperio Romano  
santo y seña de este pueblo  
Inicio y Final de todo,  
y ensueño del manantero.

Precisamente del Jueves Santo, de esa noche extraña y mágica del Jueves Santo, proviene uno de los más hermosos recuerdos cuarteros que acuño en mi alma. En el año 1987, contaba entonces quien os habla unos catorce años, teníamos La Corona de Jesús el cuartero en la Pío XII, hoy calle Pósito, en la Bodega de Jesús Pérez de Cisneros. La noche del Jueves Santo es para quienes

comienzan a recorrer las calles de la Semana Santa una noche casi iniciática. Con el alma dispuesta, las ganas intactas y una salud y un cuerpo que con esas edades, hermanos, se tragan una Semana Santa sin inmutarse, queremos vencer a la noche, aguantar despiertos hasta que al alba los sonos de los Romanos nos llamen a la Diana. Aquella noche, en el patio de la bodega comenzamos a escuchar los tercios de mil saetas cuarteleras que desde el vecino cuartel de El Degüello saltaban las tapias para llegar a nosotros. Tras un rato en silencio escuchando, un hermano, un valiente de doce años, se atreve a contestar aún con la voz aflautada, una saeta que de aquellas voces recias llegaban a nuestros oídos. Desde el Degüello siguen la cuartelera. Iniciamos entonces lo que tantas veces se ha llamado *diálogo de hermanitos*. Oraciones lanzadas al cielo desde Puente Genil, conversaciones a ciegas entre hermanos que nunca nos hemos visto, que no sabemos nuestros nombres, pero que ya nunca serán desconocidos. Al cabo de un buen rato una de aquellas voces nos grita desde el Degüello *"Hermanos, vamos o venís!?"* Y nosotros que lo único que teníamos eran ganas y algún refrigerio, escaso y sin peligro, tras mirarnos un segundo gritamos a una *"¡No, no, no... vamos nosotros!"*. Y en El Degüello se abrazaron entonces unos hombres y unos niños, y todos fueron hermanos. Y La Corona recibió entonces una lección de humildad, de generosidad y de hermandad, de unos hombres, que como antes otros, han sabido sembrar Semana Santa.

- Saeta Cuartelera *"Redentor que estás en la cumbre del mundo"* (Pedro M. Rivas Almeda y Juan Ortega Cruz)

A partir de ahí, hermanos, en nuestras casas, en nuestras almas, en nuestros cuarteles, el torbellino se desata, el Jueves se entrelaza con el Viernes y todo es uno. Mañana, al volver la vista atrás, apenas recordaremos si sucedió un día u

otro. Sólo las pistas que en nuestras vivencias dejen la Imagen Bendita de Jesús o el colorido de una figura, podrán trasladarnos, podrá explicarnos, cómo sucedió y que fue lo que pasó.

- **Suena "La Matraca"**

Entre alegres pasodobles  
ya se ha muerto el Jueves Santo  
y una fría madrugada  
anuncia negros presagios  
y el orbe entero se esconde  
porque conoce que el látigo,  
la vergüenza y la columna  
mañana será escarnio  
y risas, muerte y burla  
sobre un Madero Santo.

Y hasta la Madre transida  
por la pena y por el llanto  
quisiera ser Esperanza  
y es solo Dolor amargo.  
No quiere vendar heridas  
ni llorar en el Calvario  
y sufre por aquel Niño  
a quien Ella tuvo en brazos  
cubriendo su piel de besos  
de caricias y de abrazos.  
No quiere ser dolorosa,  
ni quiere llorar más llanto  
y no quiere a Cristo preso  
entre sayones romanos.  
Y quiere ser Madre y Virgen,  
limpia de todo pecado,  
pero Madre de un hijo vivo,  
sólo Madre al fin y al cabo.

Y al amanecer el día  
ya amanece en Viernes Santo

- (suena La Diana)

y en un pórtico divino  
rodeado de pontanos,  
está Jesús en la calle  
sobre sus lirios morados.

Romano:  
Sube la calle Aguilar

que Jesús ya está en la calle,  
lleva al pueblo a la Diana  
antes que el viernes estalle  
en amalgama de luces  
y de emociones dispares.

Hermano:  
Corre al Cuartel a vestir  
las figuras, los ropajes,  
corre a Santa Catalina  
que Jesús ya está en la calle  
y espera impaciente a verte  
con tu martirio humillarte.

Mujer:  
Abra usted de par en par  
las ventanas, los herrajes,  
los balcones y las puertas  
que Jesús ya está en la calle  
y asome al niño al balcón  
y que su alma se empape  
del amor hacia el Terrible  
hasta que el tiempo se acabe.

Miragenil:  
De nuevo empieza a soñar,  
que Jesús ya está en la calle  
y viene de nuevo a verte  
y vendrá después su Madre,  
la Virgen de los Dolores,  
la de los Siete Puñales.  
Calma el curso de las aguas,  
que hasta las cigüeñas paren  
de golpear con los picos,  
que Jesús ya está en la calle  
y solo San Juan lo sigue  
con Magdalena y su Madre.

Amargura:

Pregón de la Semana Santa de Puente Genil  
Iglesia de la Asunción del ex Convento de San Francisco de Asís

17 de abril, Domingo de Ramos de 2011

Suaviza tus adoquines  
que lo acaricien, que no arañen  
al amo de toas las cargas,  
que en su caída salvaje  
tus piedras se vuelvan plumas,

que lo besen, que lo abracen,  
que sean pañuelos de lino  
y que le sequen la sangre  
y que griten a la Muerte  
que Jesús ya está en la calle.

Implacable, el tiempo nos roba el Viernes Santo. Y nuestras retinas se habrán empapado de imágenes con las que regar mañana nuestros corazones: cuarteles enteros acompañando a sus figuras o esperando el fin de la procesión para abrazar a sus hermanos y aliviar su martirio; familias que se encuentran y se completan en este día sonrientes, felices de volver al escenario de su niñez, a las calles donde un día pasearon de la mano de sus padres que hoy, allá donde estén, se mostrarán soberbios y orgullosos; la incorporación alegre y risueña a la larga fila de figuras que solemnes se humillan a los pies del Nazareno; la generosidad de los Samaritanos, del Centurión, que ni por un momento se separan del Cristo de la Misericordia; la majestuosidad recobrada por un San Juan, por una Cofradía llena de hombres y mujeres valientes, como todos los que se mueven por la fe; romanos que desfilan, que abrazan, que sonrían tras la celada; o una escuadra tabaco que ama sobre todas las cosas. Y habremos visto, sentido y vivido la llegada de la Virgen de los Dolores a Miragenil, envuelta en sus callejuelas por los cánticos y alabanzas del Primero de los Dolores, de sus mujeres, sus hijos,... familias enteras queriendo y cantando a la Madre de Dios. Y alzando la vista mirando a la Madre descubrimos allá, entre las nubes que cubren el balcón del cielo de la Virgen de los Dolores, una sonrisa de pura felicidad, una mirada cómplice y chispeante, una risa que sabemos de aquel amigo y hermano, hoy –querido Rafa- su Eterno Cofrade del Cielo. Y habremos visto, en fin, subir figuras, cofrades, hermanos por la calle de la Amargura queriendo compartir el Calvario con el Hijo, con la Madre, con el Discípulo Amado y murmurar entre dientes, *“hasta el año que viene”*.

- Saeta larga "*Como perla preciosilla*" (Javier Carmona Márquez)

Pero todas las miradas, absolutamente todas las almas se ha parado en Jesús Nazareno. Incluso en medio de una conversación, de una risa, todo se para al ver llegar a Jesús. Las devociones inquebrantables en nuestras benditas Imágenes, el recuerdo de nuestros mayores, el deseo de que nuestros hijos crezcan sanos y a salvo, la esperanza de que nuestro hermano, nuestra esposa o nuestra madre sane de la enfermedad, todo se deposita con una callada plegaria a los pies del Terrible. Y lo que no fuimos capaces de pedirle en la Diana porque allá -en la cumbre del Gólgota- nos miraba directamente no a los ojos, al fondo del alma, se lo pedimos en la procesión. Cuántos labios al paso del Nazareno murmuran palabras de agradecimiento, de súplica. Cuántas miradas se bajan al no poder soportar la dulcísima de este Dios de La Puente. Cuántos padres o abuelos alzan a niños en brazos, como un día hicieron con ellos, mostrándoles al Señor de La Puente, al amo de toas las cargas, a Jesús Nazareno, el Terrible, Señor y Patrón de Puente Genil.

- Plegaria a Jesús Nazareno "*Y camina en silencio*" (Antonio J. Vilchez Moreno y Miguel Velasco Ruiz)

La noche, la noche del Viernes Santo, vendrá ya triste y fría. Y al Dulce Nombre irán llegando por grupos, en orden no acordado ni establecido, pero sagrado, los hermanos y cofrades precedidos de su estandarte. Los saludos se repiten, pero los rostros, las miradas son ahora diferentes de la mañana. Es la Noche del Sumo Dolor y todo, absolutamente todo, es serio y es triste.

Todo es tristeza en la noche  
extraña del Viernes Santo  
todo el orbe está en silencio,

todo el mundo está llorando  
porque el Divino Mesías  
se ha ofrecido el holocausto.

Pregón de la Semana Santa de Puente Genil  
Iglesia de la Asunción del ex Convento de San Francisco de Asís

17 de abril, Domingo de Ramos de 2011

Su cuerpo ya cuelga inerte  
desde un Árbol Sagrado.  
Y aun expuesto en sus despojos  
y exhibido y mancillado  
por la impudicia suprema  
de este vil linaje humano,  
se muestra en su Buen Morir  
compasivo y perdonando.  
Quisiera poder mirar  
a la que lo está mirando  
y enjugarle las mejillas  
y devolverle su abrazo,  
que al pie de la Cruz postrada,  
la Virgen lo está abrazando.

Ya no hay sangre en sus mejillas  
ni lágrimas resbalando,  
solo dolor y muerte  
y angustias, callado llanto.  
Al llegar a la Parroquia  
parece que los Romanos  
se muestren arrepentidos  
de la afrenta, del pecado,  
y presentan sus disculpas  
entre sonidos sagrados.  
Pareciera que la Madre,  
a quien todo lo ha creado  
le pidiera explicaciones,  
y cogiéndolo en sus brazos  
alzara su cuerpo al cielo  
entre sollozos y llantos.

Los apóstoles se esconden,  
el demonio paseando  
de la mano de la muerte  
se divierte demostrando  
que el Rey del Mundo ha muerto  
y que el mundo está en sus manos.  
Los truenos que lo acompañan  
ocultan callado llanto

que asustado y temeroso  
reprime el apostolado.

Sólo San Juan se atreve  
a señalar con el brazo  
el camino verdadero  
hacia el Cordero Sagrado.  
Como portando una antorcha  
cual apóstol lazarillo,  
va señalando San Juan  
a la Virgen el camino  
que ha de seguir la Madre  
para llegar a su hijo.

Y María se viste de noche  
y la luna se posa en su cara  
y la brisa que llega del puente  
acaricia sus mejillas blancas.  
Y a su paso por la calles  
va derramando sus lágrimas  
y cada piedra que riega  
se encrespa y se levanta  
lanzando al cielo suspiros  
que se clavan en el alma.  
Y va sola tras el Hijo  
sola detrás de San Juan  
sola en la noche triste,  
sola en la oscuridad  
de quien solo encuentra muerte  
angustia y soledad.  
Sola en el Dulce Nombre,  
sola con el dolor  
de sentirse abandonada,  
de conocer la traición  
con que a su Hijo han pagado  
aquellos que tanto amó.  
Y María se viste de noche  
y la luna se posa en su cara  
y la brisa que llega del puente  
acaricia sus mejillas blancas.

Tras los vivos del Viernes Santo aún quedara tiempo para, queriendo llenar y vivir cada minuto que reste hasta el encierro del Cristo Resucitado, quizás celebrar Junta en la Corporación, o una Comida Homenaje a las mujeres del



Cuartel, o acompañar un tramo al Santo Sepulcro y a la Virgen de las Lágrimas. Y cuando todo haya acabado, entre despedidas, abrazos y promesas de retorno buscaremos un momento para estar a solas, para el sueño, para el agradecimiento y, siempre, siempre, para el recuerdo...

- De fondo suena la marcha "Recuerdo"

Gregorio Aguilar Rejano, Manuel Roldán Morales, Gonzalo Reina Bajo, Lorenzo Reina Melgar, Joaquín Ruiz Millán, Francisco Álvarez de Sotomayor Reina, José Rivas Carmona, Máximo Pérez Chavarrías, Antonio Pérez Luque, Emilio Pérez Luque, José Villafranca Melgar, Antonio Almeda Campos, José Rivas Quintero y Antonio Pineda Morales y Francisco Moyano Reina y Ernesto Herrería Moret, y Antonio José Ortega Herrerías, Juan Ortega Melgar, Fernando Estrada García Hidalgo, Antonio Velasco Labrador, Rafael Fernández Velasco, Manuel Gálvez Linares, Luis Reina Porrás, Manuel Reina Porrás, Domingo Reina López, José Ruiz Mansilla, Óscar Reina Delgado, Miguel Velasco Velasco, Rafael Chacón Villafranca y Manuel Gil Rivas y Rafael Fresno Gómez y Miguel Reina Reina... y tantos y tantos y tantos. Todos ellos partícipes y protagonistas de una Semana Santa cuyos valores supieron transmitirnos. Hoy hay en Puente Genil generaciones de mananeros cuya presencia y esencia la deben al compromiso y entendederas de estos hombres. Perdonadme, hermanos... Sé que faltan muchos, nombres que todos conocéis. Son vuestros padres, vuestros abuelos, seguro algún amigo,... tu hermano. Hay quien dice que en Puente Genil todos formamos parte de una gran cadena transmisora de sentimientos y tradiciones. Y a ella nos debemos. Hermanos permitidme que para finalizar os pida que, imaginariamente, todos cojamos una copa de vino, de esas con las que por tantas cosas brindamos, una uvita de aquellas con las que, elevándolas al cielo, mantenemos el recuerdo de quienes nos enseñaron a hacerlo.

Pregón de la Semana Santa de Puente Genil  
Iglesia de la Asunción del ex Convento de San Francisco de Asís

17 de abril, Domingo de Ramos de 2011

Permitidme pues que con vosotros coja esa copa y elevándola a la morada del Nazareno termine este Pregón con un brindis que antaño se recitaba en la Comida de Hermandad del Domingo de Pasión:

Hermanos,

**“POR ELLOS, POR SU GLORIA Y POR SU ETERNA MEMORIA”.**

Muchas gracias.